

BUENOS AIRES Y SUS PINTORES

Por ROMUALDO BRUGHETTI

A lo largo de años he pensado, sentido y sufrido Buenos Aires, y he comprendido que una ciudad, como una vida humana, multiplica sus sueños y concreta sus realidades en el cotidiano vivir.

Hay ciudades que se gozan de su gloria: la vida parece estar pendiente de sus arquitecturas, de sus monumentos, de sus recuerdos. A ese tipo de ciudades responden Venecia, Siena o Lisboa, entre otras memorables. La capital lusitana muestra desde el río Tajo sus construcciones que prefiguran estructuras de coloridos planos cubistas. Los limpios tonos son los ojos vivientes de la ciudad: puede cambiar el material con que la casa o el palacio son edificados; no cambia el color en la calidad de sus perdurables matices.

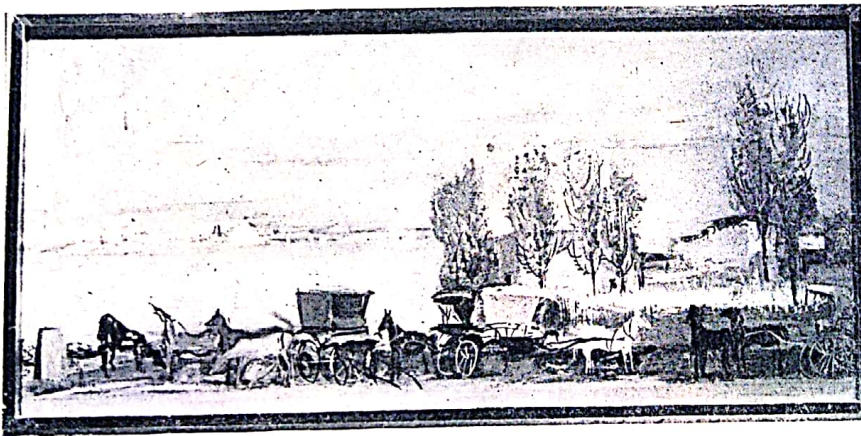
Otras ciudades, de signo americano y de signo universal en esta época de profundas transformaciones, viven en perpetua evolución. Son

interiores airosas construcciones con ufanas torrecillas, balcones y balconadas que encienden de nostálgica poesía la vivienda del hombre. En Buenos Aires han quedado portales, patios con jazmines, dulces llamadores con mano de mujer joven, estatuas y jarrones de mampostería en los que se entretuvieron alarifes italianos aleccionados por la inventiva de un Palladio. Nos quedan también grupos de casas y calles pintadas por Pacenza; nos queda un vago fervor metafísico que ahonda la soledad de muelles y baldíos al borde del Riachuelo; y extrañas figuras acalladas entre muros y espacios, o subidas a una alta ventana mirando despavoridas hacia el oeste el poniente de fuego, como en March.

¿Pero no somos realmente dueños de nuestro destino? ¿No somos nosotros quienes a las ciudades damos existencia, presencia, fisonomía, colorido, gracia? Es el hombre

tidos a una luz lechosa, sin matices? ¿Una luz blanca que trae el desamparo a la vista, que nos irrita en días soleados y produce indiferencia bajo la capa gris de jornadas iguales y monótonas?

Hay ciudades por excelencia que han sido y son exaltadas por sus pintores: Buenos Aires se ha convertido, también, en un tema inspirador plástico-pictórico. Pero, a diferencia de París o de Roma, en donde el paisaje se da inmediatamente en el espacio y en su luz, Buenos Aires

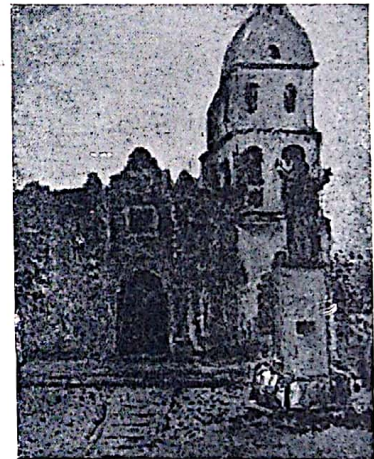


Raúl Soldi: "Remate aunque llueva" (cartón)

ciudades dinámicas; un barrio será sustituido por otro mañana. Son ciudades que crecen, que han tenido infancia y tendrán juventud y madurez. ¿Pero es que las ciudades del futuro todas han de ser blancas, todas han de ostentar enormes bloques anónimos? El color dio existencia a Buenos Aires en el siglo diecinueve, y enriqueció la línea monótona de la llanura. Aún vemos alzarse en pueblos y ciudades del

quien tiñó de ocre y de oros las casas que refulgen al sol en la barroca Roma vista desde la explanada del Pincio. El sol, al bajar cálidamente hacia esos colores, extiende en el aire un resplandor dorado, una intensidad de luz que es la luz de un atardecer romano al que hemos asistido en avanzada primavera y aun cuando el verano ejercía ya su ardiente dominio.

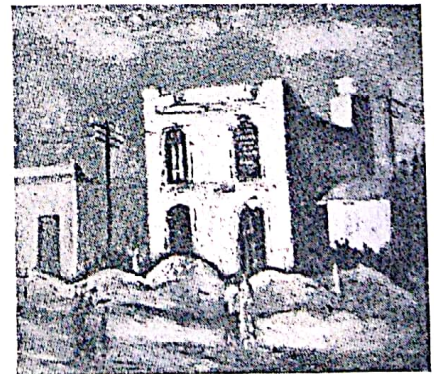
¿Hemos de estar siempre some-



Miguel Carlos Victorica:
"Iglesia de San Francisco" (óleo)

exige una **busca** apasionada, absoluta. Cada obra —como objeto obtenido por un creador nuestro— representa una victoria a lo Pirro sobre una tierra que no se ofrece a flor de piel, sino que guarda sus secretos de belleza para el elegido, para aquel que sea apto para iniciar

Héctor Basaldúa: "El paseo de la tarde"



la prueba de su comunión substancial, ya con acento dramático, ya con dulcificado sentimiento. Pintores que participan de un acento dramático son, para nuestra ciudad, Spilimbergo, Daneri, Basaldúa, Policastro; pintores que concitan un dulcificado sentimiento, son, en grado distinto, Victorica, Soldi, Pacenza, Cúnsolo o Susana Aguirre.

En Victorica se advierte un espíritu acogedor de una realidad nacida tanto del recuerdo como de su circunstancia ambiente, amante de la masa de color que definen unas pulposas frutas, unas figuras o una construcción arquitectónica, se trate de la iglesia de Santo Domingo o del Museo del Parque Lezama, del bajo Flores o de las policromas ventanas y balcones de la Boca. Veo en él a un temperamento muy porteño en sus telas no finitas, como un desbrozador de la selva que se quedara atrincherado en su don visionario. Un modo de ser de su duda estética, temeroso de quebrar el secreto de las cosas y de la naturaleza, unos tonos bajos, preferentemente grises, que envuelven los objetos y las atmósferas de sus cuadros y establecen valores a los cuales se incorporan sus tonos rojizos, azules, ocre, verdes, y que rebosan una luz perlada, libre ya de violencias. Esa luz otorga categoría a su pintura, y ésta se hace gozosa y sensual a la vez que pensante. Me gusta verlo a sus anchas en el clima de sus mocedades, en el quieto rincón de su casona bohemia donde su vida ha tejido sus flores "del bien y del

mal". La luz de Buenos Aires resplandece con su duro blanco y tiene toques imprevistos, alejándose de pronto como una nube que, después de abrevarse en el mar, se soltara en el viento de los cielos. Esa luz **dominada**, que se hace juego existencial en Victorica, fija el carácter de su potencia expresiva, la finura de su inteligencia cauta, su individualidad que nace de un pasado remoto para aposentarse en un viejo parque o detrás de las rejas de un balcón o de una ventana criollos, y discurre sobre la vida, la sencilla cotidianidad, olvidado del mundo y de sus urgencias, porque siente aquel ser avanzando hacia un llamado pero inalterable porvenir.

Junto a Victorica ubico a Spilimbergo, artista diametralmente distinto, buscador de la forma por el volumen.

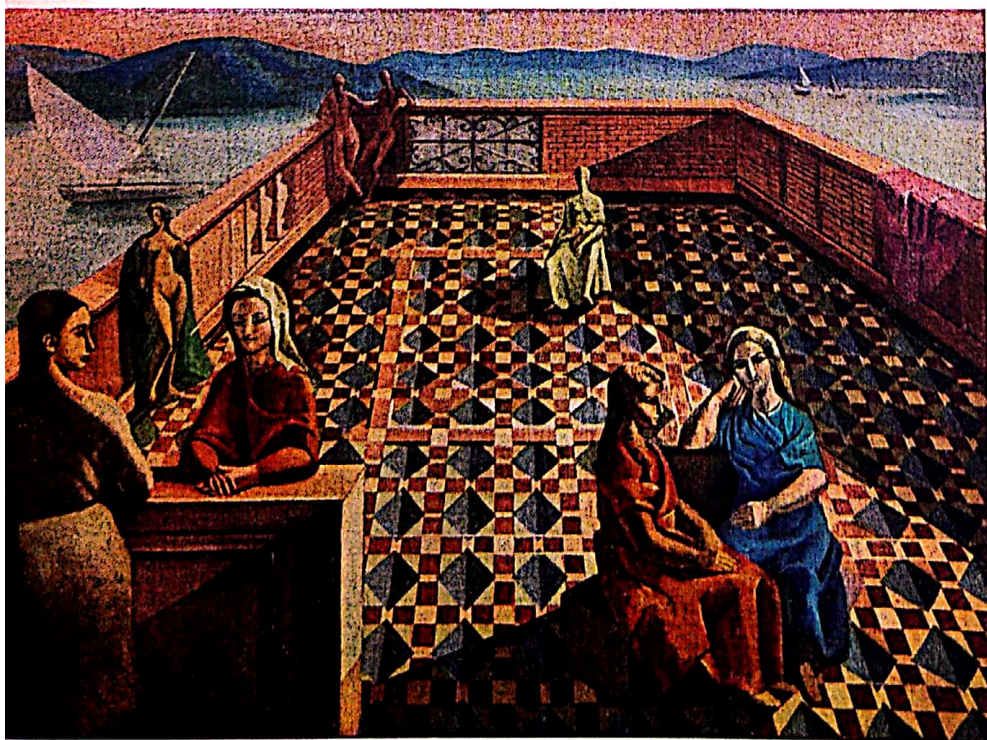
Hay en Spilimbergo un temperamento constructor, al que el arrabal no le dicta nostalgias ni recuerdos perdidos en el tiempo. Para él una calle con sus casas alineadas es una geometría previa que se fortifica y aclara en rectángulos que forman la casa, medias pilastras, una alcantarilla, una pared lisa, un frente enjalbegado, un cielo alto que se ubica en las aristas de las construcciones de una tierra que prospera por el esfuerzo paciente del hombre. Y en la calle —típica de su severa arquitectura— él ve un obrero o una mujer de andar apresurado. Pero de inmediato surgen, como emergiendo del medio, las figuras reales que pueblan ese

arrabal, y sus preferencias van hacia ese trabajador o hacia una madre con su hijo que denomina **Figuras, Maruja o La planchadora**, mujeres del anónimo existir, con sus sólidas facciones y sus ojos grandes concitadores de asombro o de sufrimiento. Esas "figuras" tienen un aire de raro estatismo, el aire de quien, no obstante su pobreza o su desdicha, se siente alentado por un puro vivir a que somete silenciosamente la existencia. A través de esa gente pintada por Spilimbergo, con prieto sentido del volumen y del plano, del dibujo y del claroscuro que operan en profundidad, y en los cuales el color acentúa las formas creadas, siento que al hijo de inmigrante, o a la hija de modesta familia, les queda la alegría de un amor fecundo, un jardincito o una tapia con jazmines que aroman su crecimiento. Spilimbergo ha captado esa vida detenida en un instante, que, sin embargo, avanza. Sus figuras esgrimen el hacer preciso de su oficio de pintor; más lo que las apunta hacia nuestra realidad es su estoicismo, ese mirar inquiridor, anhelante, en donde la expectación adelanta su nombre.

Daneri ha sido fiel a su destino. Quien observe su **Autorretrato**, una cara austera dividida por la luz y la sombra, con sus ojos indagadores, descubrirá cómo es. Y si de ese óleo se pasa a sus paisajes, a sus composiciones y a sus figuras, se verá que una idéntica aptitud preside su obra. Este hombre ha edificado su pintura con noble pobreza. Se ha aplicado a pintar, con desusada constancia, la Isla Maciel, el Riachuelo, Barracas, la Boca, barcas en reposo. Los motivos humildes tienen mayor atracción plástica, como es natural, que las suntuosidades del centro, y el alma de las ciudades emerge de lo "invisible" más que de lo aparental, de lo obstensible. ¿Cómo ha logrado su tarea? Amasando sus colores con el barro de sus temas sufrientes, como un desesperado cuya salvación estriba en obtener, superando la nada, un orden con una materia que se adapta a los magros objetos. Daneri ha visto la pesada, la extraña materia del paisaje de Buenos Aires que se desploma hacia los barrios populosos de la Boca y de Barracas, de los frigoríficos y de las fábricas, y se ha adentrado en esa atmósfera sorda que ofrece a veces como regalo unos dorados u ocre inefables a la hora en que el sol se entrega a su ocaso.

Y no ha hecho pintoresquismo; al contrario, ha machacado sus empastes hasta obtener tonos firmes,

Lino Eneas Spilimbergo: "Terraza"





Marcos Tiglió: "Iglesia del Espíritu Santo". Colección Robertó Olejaveska.

densos de estructura. Por esa urdimbre soterrada, se nos muestra hurgador de una belleza que se da a quien es capaz de rescatarla de las corrosivas cenizas.

A Buenos Aires no le faltan sus pintores afectos a una calleja perdida, a una torrecilla, a un paso a nivel, a un balcón florecido, o a una quinta con estatuas y columnas, como Norah Borges. Otros se llaman Guttero, Viau, Tapia, Marteau, Lacámara, La Rosa, Tiglió, Larco, Russo, Stringa, Miraglia, Arcidiácono, Bonome, Mane Bernardo, Castagna, Gowland Moreno, Guastavino, Diomedes, Presas, Forte, Moraña, Giustozzi.

Por otra parte, la línea de pintores de Buenos Aires se remonta del inglés Vidal al brasileño Pallière, de Vidal y Pellegrini a Pueyrredón, en el siglo XIX; o de F. Brughetti a Collivadino, de Silva a Thibon de Libian, de A. Rossi a Quinquela Martín... Con sabrosa libertad, Basaldúa ha pintado viejas casas, calles

céntricas y azoteas en las que el tiempo, bajo el influjo de una luz lechosa, parece haberse detenido.

Señalaré la naturaleza de un pintor al que califico de trágico, tanto se acumula el drama en sus óleos de las barriadas porteñas. Me refiero a Policastro, en quien el dualismo materia-expresión se ahinca agudamente. Este pintor posee rasgos goyescos en su visión: convoca a sufridos seres que extrae de una vida de miseria. Los colores predominantes en sus óleos son el gris y el carmín; en verdad, zonas de grises crean el clima en el cual algún rojo se atreve a cantar como un gallo al alba empinándose por encima de los desastres. Estamos lejos de toda expectación, o del alegre gozo; lejos de "la dulzura generosa del arrabal", y frente a una naturaleza castigada con la indiferencia y con el oprobio.

La tierra nueva es territorio en el que pueden alzarse profetas desde el fondo de su angustia para cla-

mar. El multiforme Buenos Aires es la línea pura e inmóvil de su Río —que se divisa en ciertas ventanas de Pettoruti—, o la demolición de la calle Corrientes (1936), de Badi; o sus paseos suntuosos, sus parques en los que anidan pájaros y crecen los gomeros y tejen sus blancas estrellas los jazmines o el granate de las santa-ritas. A Policastro le importa pintar en el suburbio una rama que emerge entre excrementos, un chico de rostro enfermizo, un desgarrador cortejo fúnebre, o un perro muerto ante el espectáculo detonante de una puesta de sol.

Soldi se sitúa en otro plano. Se le identifica por el predominio de sus "figuras": aéreas, soñadoras, como integrantes de un **ballet** movido por la mano del artista. Esas figuras son graciosas parejas, desnudas muchachas luciendo su cabellera como un río vegetal. A la par son acróbatas, personajes de la comedia italiana, jóvenes bailarinas o melancólicas criaturas, o músicos, o vírgenes



COLECCION KROMOS. Mario Mollari: "Composición"

y ángeles, en la galería de sus creaciones ideales. Pero un día —hacia 1939— crece su óleo **Casas de América**: ladrillos que se alzan en formas habitables, una reja, una balaustrada, unas figuras vagamente irreales junto a una casita; árboles esqueléticos y un caballo blanco. Surge entonces la serie de sus paisajes porteños: uno con un "sulky" con capota tirado por una endiablada cabalgadura; otro con una alta palmera en el centro de un patio que hace pensar en una fantástica abanicadora de antiguos cuentos de sultanes; o es un cuadro con molinos, un cultivo al borde del Río de la Plata, una naturaleza muerta con choclos y flores silvestres de las quintas colindantes con el campo. Abandona, así, por momentos, aquellas gráciles figuras y se adentra en otra realidad. Una realidad que, por su carril, se suelta en alegre lenguaje, rozagante como las florecillas que crecen en nuestros recoletos jardines en el sucederse de las estaciones.

Me retienen paisajes de los barrios porteños y de los suburbios de la ciudad invadidos de cielo y pampa. Basaldúa suscita en mí inmediatas reflexiones. Desde el comienzo de su itinerario de pintor, de regreso de su viaje europeo, tuvo la convicción de que nuestro arte no exige sólo una excelente pintura,

como lo prueban telas suyas con figuras y naturalezas muertas muy plásticas, con acentuación de planos cezarianos, pasión en el ritmo de la materia densa y en la calidad de los tonos estructurados. Simultáneamente con esas rebuscas de la substancia pictórica, siente brotar dentro de sí el mundo circundante, la vida en típicas calles y suntuosos salones. Un tiempo después medita desde un elevado balcón porteño. Ve techos, terrazas y ventanas abiertas hacia fríos muros, los cuales dejan escapar tonos azules y grises, de acentos nocturnales. Está sumergido en plena ciudad, hacia el norte, y nos brinda un paisaje casi en sordina, una armonía de tonos de fruición intimista, tratando de transformar la realidad en tierna poesía. Hay otros momentos —y éstos interesan especialmente— en que la ciudad vive dentro de una luz áspera, sin riquezas ni matices de color, con fachadas desdibujadas y techos chatos, castigados por una luminosidad indefinida, y la nostalgia del tiempo sobre arquitecturas y espacios como un desconsuelo, una insufrible soledad. ¿Es éste el estado de ánimo de Buenos Aires? Quien ha admirado la luz cálida y fragante de Venecia, la luz que se demora feliz en una estatua, en el contorno de un palacio, o en el huso verdoso de un ciprés florentino, sabe hasta

qué punto una luz sin variaciones ni riquezas emotivas, dura como una condena, enervante como el rayo de la tormenta, abruma al desamparado habitante, al soñador porteño. ¿Por qué la inclinación de nuestra gente a quitar la pátina que el tiempo deposita en las arquitecturas, pátina que consolida una segunda naturaleza y convida a la meditación? ¿Es éste el frío clima expectante que repele a tantos viajeros sensibles, el cual hizo pensar a uno más iconoclasta que la única posibilidad que tiene Buenos Aires de ser ciudad gratamente habitable, en su centro, es la de rehacerla? "No hay ciudad más inhumana", es "la ciudad sin esperanza", apuntó Le Corbusier en agosto de 1935. Desde el viaje del famoso arquitecto renovador se ejecutaron planes urbanísticos: el ensanche de las avenidas Córdoba, Corrientes, Belgrano y la apertura de la avenida 9 de Julio. También se acrecientan los cambios en el orden particular de las construcciones. "No hay montaña, ni colina, ni árbol, ni mar, ni cielo en este apretado corazón de la ciudad. La pampa magnífica —recalcaba Le Corbusier— está más allá: al Río de la Plata no se lo ve; al cielo argentino casi no se lo percibe ya o, a lo sumo, se lo percibe prendido entre las mandíbulas de las cornisas que se juntan casi, en lo más alto". De esa aplastante realidad, Basaldúa extrae una vida sin desplantes, apoyada en ventanas y balcones con plantas y flores, abiertas al cielo indefinido, horas que contienen una emboscada lágrima.

¡Pero el Sur de la ciudad sí que tiene paisaje y tiene alma! Y ese paisaje y esa alma se concretan en la obra pictórica de Basaldúa. Una pareja junto a un zaguán, en casa baja con balcones y balaustradas; una casa rescatada del olvido, de la calle México, con sus innumerables puertas y ventanas y sus colores alzando un cromatismo atemperado; blancos, negros y ocre, cruzados por repentinos rojos, verdes y azules, y presencias fantasmales por cuyo conducto el pintor se confiesa, nos entrega su amor por esos antiguos caserones atravesados de viduas, con una nostalgia misteriosa e inaccesible. No por mero juego pictórico busca Basaldúa su más hondo latido, su corpórea presencia, con su busca de la materia expresiva en el ritmo subjetivo, vida descarnada donde uno está en contacto sutilmente con el fantasma de lo **intransferible**.

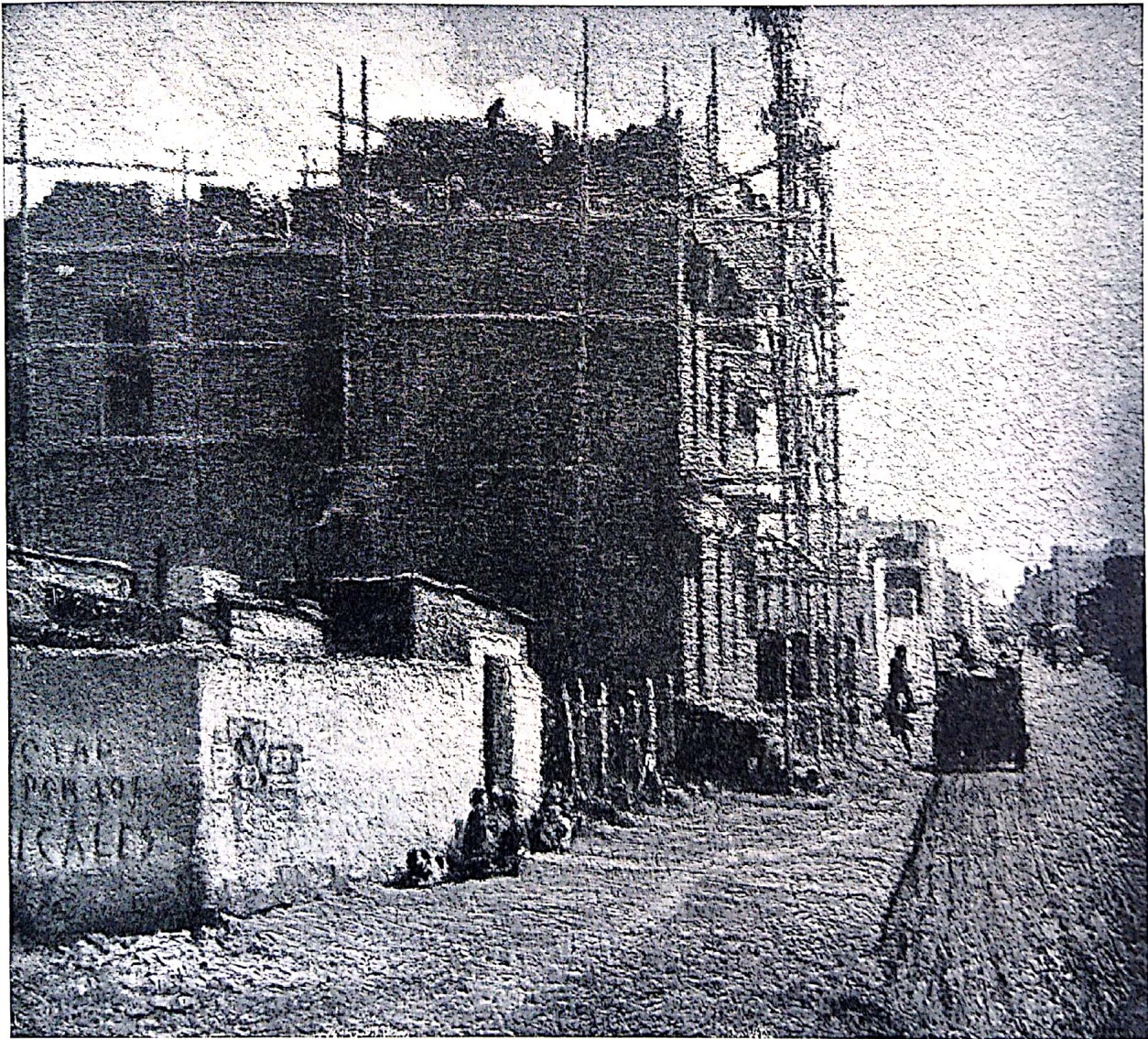
El Sur tiene alma, ¡y vaya si la tiene! Con precisión de arquitecto —que lo es—, Pacenza convoca en

sus telas antiguas casas, calles, tapias, elevadas torrecillas rescatadas del siglo diecinueve. Pero su temperamento emotivo alcanza instantes inefables, y es entonces cuando pinta trozos de paisaje de ensoñación romántica aunque de técnica alisada, en la conjunción lírica de cielo, tierra y río. Pacenza persigue la ruta metafísica de un Giorgio de Chirico; sólo que los dioses griegos y romanos han dejado paso aquí a otra realidad menos mitológica, de limpios espacios, muros ornados de enredaderas y flores, barcos con sus recogidas o desplegadas velas que navegarán un río de turbias aguas. El artista acoge momentos ejemplificantes, aroma de un mundo áspero y melancólico, con no poco en su fantasía de la gracia ingenua de **Rousseau el Aduanero**.

Viejos barrios porteños, arquitecturas animadas por el sabor no pintoresco, de evocaciones severas pobladas de silencios y afincadas en

el alma que emana de los objetos, rigurosamente sostenidos por el dibujo y el volumen, definidores de la etapa inicial de Pacenza. Ahora busca el color de los viejos muros, con el candor de un geómetra primitivo y serenos tonos de irradiaciones sentimentales. Alude Pacenza la gloria de antiguas casonas o calles en donde el hombre ha vivido y quizá, sufrido largamente. Al pintor le asiste la belleza ingenua de un balcón barroco, de una esquina detrás de la cual acude una existencia a la espera de un sortilegio, o la nostalgia de un partir o, de un quedarse aferrado para siempre a una realidad que idealiza y eleva de momento a un plano surreal. No necesita personajes ni alardes compositivos: solamente las sencillas construcciones o las calles solitarias que suben hasta el alto cielo surcado de nubes horizontales, o que ahuecan su voz, en el estatismo de la luz creada.

Pio Collivadino: "Casa en construcción"



EL REPECHO

DE

SAN TELMO



En San Telmo, antiguo barrio de señores y esclavos, donde aún parecen resguardarse cautamente las memorias primarias de nuestra historia, una casa colonial nos sorprende y nos retiene en su contemplación. Muros encalados, frente con verjas salientes, faroles, el zaguán, el patio y, más allá, el aljibe. Todo se supone preparado para dejar aparecer una mujer de gran peinetón con un abanico abierto en la mano. Pero, entrando por el zaguán que da a un patio, un brasero encendido y un notable llamador, parecen estar hablándonos de una espera, de alguien que nos espera.

Y, al cruzar la puerta, de pronto instalados en el pasado, también lo estamos en el futuro; porque en ese lugar de San Telmo (Carlos Calvo 242) está instalado uno de los restaurantes más tradicionales y distinguidos de la Argentina: El Repecho de San Telmo. Conocerlo es establecer una relación con nuestro pasado, ya que la casona que ocupa fue construida en el año 1807. Este simple dato cronológico crea un clima memorable dentro de nosotros mismos, un percibir de estallidos y murmullos, de pequeñas fiestas y organitos.

Dentro de la casa, un bar, en primer lugar, donde nos ofrecen una

copa "para subir el repecho..." y, apenas más allá, el comedor, arcadas blancas cubiertas por fusiles, lanzas, cuadros, faroles y arañas como las hechas en los lares porteños a principios del siglo pasado.

Subiendo una escalera, al fondo, un mirador cuya entrada de luz torna el conjunto aún más sugestivo y poético. Luego, el piso superior, a punto de transformarse en un salón comedor colonial al estilo del de Mariquita y donde es posible sospechar la presencia de ejecutivos conjurados festejando, a través de una empresa, el futuro de la patria.

Ahora que hemos paseado por la casa, y ya nos acomodamos en el deslumbramiento, vemos que el personal viste trajes de época. Todo parece demasiado real, demasiado tangible, como para hacernos creer viajeros del tiempo. Y esa exquisita mezcla de tradición y refinamiento, esa alegoría ciudadana que nos permite recobrar los pasos de Don Pedro de Mendoza, de Liniers, de tantos innómines patricios, en medio del Barrio Sur y el ayer... transforman al Repecho de San Telmo en un lugar de íntimas ceremonias, un lugar exclusivo para quienes saben evocar a través del placer de la mejor cocina y un contorno de leyenda.